

LUCY ADLINGTON

Dentro de Auschwitz se encuentra un taller de costura como ningún otro

LA CINTA ROJA



Los talleres de Auschwitz

*Cómo el hecho de tener una profesión
salvó la vida de miles de prisioneros
de los campos de concentración nazis*

Edición no venal

© Montse Borràs, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Agustín Escudero / Magdalena Russocka / Trevillion

© Imágenes del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2020

Composición: Realización Planeta

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Scrivo perché sono un chimico («escribo porque soy químico»), escribió Primo Levi, el gran autor italiano superviviente de Auschwitz, cuya obra es un testimonio impresionante de la vida de los prisioneros en los campos de concentración nazis. Éste era el título de un artículo que Levi escribió en 1985 para ser leído en una conferencia que no llegó a tener lugar, y es brutalmente revelador pues, más allá de constatar las dos profesiones a las que dedicó su vida, nos enfrenta al hecho de que, a diferencia de otros millones de prisioneros de los campos de concentración nazis, él está vivo y puede contarle al mundo la verdad gracias a que es químico. Su profesión le salvó la vida.

«Solo tres cualidades permitían la posibilidad de sobrevivir en Auschwitz», dice Levi. La primera es la

fortaleza física. La segunda, la brutalidad, y la tercera, tener una formación que los alemanes necesitaran. En estas condiciones, el bien, el mal, la justicia y la injusticia dejan de tener significado. Si nuestros principios morales se desintegran, nuestra humanidad se va por la alcantarilla.

En un infierno diseñado para arrebatarse la dignidad de millones de seres humanos, ¿quién puede asegurar que sus principios morales prevalecerán? Nadie que no haya estado allí lo sabe. El cautiverio fue algo menos terrible para quienes, por sus habilidades o su formación, resultaron ser útiles a la maquinaria de destrucción nazi. Muchos de estos prisioneros ya tenían una formación académica o profesional al llegar al campo, pero otros tuvieron aún más suerte y, gracias a sus contactos, su constitución física o una cierta perspicacia, empezaron como ayudantes o aprendices de alguien con más experiencia.

De un modo u otro, todos aportaron una cierta utilidad a un sistema completamente deshumanizado, y ello les apartó de la destrucción que este sistema tenía marcado como objetivo. Desde este lugar extrañamente privilegiado, encontrar maneras de

ayudar a los que eran más débiles era una posibilidad, como también lo era sobrevivir y resistir para poder contar la verdad.

Es cierto que existen muchos testimonios acerca de quienes abusaron de su posición de poder (como muchos *kapos* de algunos comandos) y, tal como hizo Primo Levi, es necesario mirar al mal de frente para que no vuelva a repetirse, pero también hay miles de historias individuales de supervivencia, valor y generosidad que dan cuenta de la extraordinaria bondad de la que es capaz el ser humano.

Tanto unos como otras son el espejo de nuestra condición, sin embargo, tomando como ejemplo a las extraordinarias costureras de Auschwitz que protagonizan *La cinta roja*, vamos a descubrir las historias reales de aquellos supervivientes que consiguieron transmitir su experiencia en los campos de concentración gracias a sus capacidades profesionales y que hicieron todo lo posible para hacer el bien en los momentos más difíciles.

Las modistas

Para los prisioneros de los campos de concentración, el trabajo significaba una mínima posibilidad de supervivencia y aquellos que no podían trabajar eran asesinados rápidamente, ejecutados o en las cámaras de gas. En general, en los años treinta y cuarenta pocas mujeres eran electricistas o carpinteras pero, afortunadamente, las destrezas en todo lo relacionado con la ropa era entonces parte de la educación de una niña y podía serles útil en las lavanderías o en los talleres donde arreglaban las prendas.

Más allá de esto, para las élites nazis, la posibilidad de explotar el talento de algunas de estas mujeres a cambio de nada debió de ser una idea irresistible. Simplemente tenían que mantenerlas con vida y obligarlas a crear trajes que pudieran competir con los más grandes modistos europeos del momento como Chanel, Poiret o Elsa Schiaparelli.

Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, vivía con su mujer y sus hijos en una elegante villa que daba a los campos. Su mujer, Hedwig, era muy ambiciosa y aparecer vestida a la última moda en cada evento al que asistiera era esencial para ganarse el respeto de las mujeres de los círculos más poderosos. Así pues, encargó a Marta Fuchs, una prisionera eslovaca que co-sía para ella, poner en marcha un taller de sastrería en la buhardilla de la casa. Para ello, seleccionó a reclusas expertas en el arte del patronaje y la costura. Marta se puso a ello y así se formó el Estudio Superior de Sastrería de Auschwitz.

Al principio eran apenas tres o cuatro las modistas, pero los vestidos de Hedwig Höss tuvieron tanto éxito que el taller pronto tuvo una larga lista de espera, pues muchas otras esposas e hijas de oficiales del campo empezaron a encargarse su vestuario a las modistas judías a cuyas familias seguramente habían ordenado exterminar. Las mujeres estudiaban las revistas de moda de la época, y elegían los modelos que deseaban. Luego, Marta y otra de las trabajadoras del comando, ambas patronistas, dibujaban los patrones a mano si hacía falta, y empezaba el proceso de confección. Todo

el material que había en el taller era confiscado. Era tal la abundancia de maquinaria, tejido y accesorios robados que se hacía innecesario comprar nada.

El estudio llegó a tener unas veinticinco mujeres trabajando, y pronto tuvo que trasladarse a un edificio más grande dentro del mismo campo. Las modistas eran elegidas por sus habilidades o porque tenían conexiones con modistas que ya habían sido seleccionadas por Marta Fuchs, quien lógicamente empezó escogiendo a chicas que conocía. Mientras los «clientes» del estudio exterminaban a seres humanos, en ella recayó la responsabilidad de salvar vidas seleccionando nuevas trabajadoras.

El Estudio Superior de Sastrería de Auschwitz era un lugar de trabajo único y muy codiciado. Era cálido y limpio, tenía cuartos de baño en el interior (la higiene más estricta debía prevalecer entre quienes cosían las ropas que vestirían las mujeres e hijas de los oficiales) y, lo más importante, allí las costureras crearon un fuerte sentido de camaradería que fue crucial para su supervivencia. Los historiadores han podido averiguar

algunos de sus nombres. Al menos dos habían pertenecido a la Resistencia francesa: Alida Vasselin, una corsetera arrestada en 1942 por ocultar panfletos antinazis en los corsés que cosía, y Marie-Louise Colombain, una sargento que había llevado a cabo acciones militares contra los nazis. Luego estaba Lulu Gruenberg, una atrevida modista judía de origen húngaro que se atrevió una vez a burlarse del hijo de Höss utilizando una cinta métrica como soga en el taller mientras decía (en húngaro): «Pronto todos ustedes van a colgar, su padre, su madre y todos los demás».

¡Por pedir que no quede! Las clientas reclamaban hermosos vestidos de noche para usar en cenas de altos oficiales, conciertos y salidas al teatro, y poco parecía importarles llevar puestas las ropas (por muy cambiadas que estuvieran) de inocentes asesinados. Además, desde el Estudio Superior de Sastrería salían también piezas de lencería, ropa para niños, ropa de abrigo y un largo etcétera.

Las modistas del estudio tenían que confeccionar dos trajes por clienta a la semana y los sábados a las 12 en punto del mediodía los oficiales de las SS aparecían para recoger los vestidos de sus esposas. Las trabaja-

doras creaban nuevos diseños y transformaban la ropa de alta calidad que los deportados judíos traían a Auschwitz, pues muchos pensaban que iban a ser expulsados de sus países sin más. Los equipajes se acumulaban en los almacenes del conocido como comando Kanada, cuyos trabajadores estaban entre los más afortunados del campo, pues se dedicaban a separar los contenidos y seleccionar los objetos de más valor para los oficiales.

Cuando en el frío enero de 1945 el ejército soviético se acercaba a Auschwitz, las SS evacuaron el campo. Los prisioneros que podían andar, incluidas las modistas, partieron a pie en lo que se conoció como «marchas de la muerte». Cuatro de las modistas del Estudio de Sastrería habían cosido ropa de civil como parte de un plan de fuga. Marta Fuchs y otras tres jóvenes costureras se acercaron a un tren de pasajeros con la esperanza de mezclarse con otros polacos. Las cosas salieron mal y tres de las chicas (entre ellas la intrépida Lulu Gruenberg) fueron capturadas y fusiladas en el acto. Marta consiguió escapar gracias a la ayuda de los

vecinos de la zona, que la escondieron y ocultaron en sus casas a cambio de coserles la ropa, y sobrevivió a la guerra.

Antes de su huida, los oficiales nazis destruyeron tanta documentación como pudieron, y los soldados rusos incendiaron los almacenes del comando Kanada, por lo que se perdió una cantidad inimaginable de objetos y documentos, privados o incriminadores, pero todos los testigos afirman que la maquinaria que se empleaba en el Estudio Superior de Sastrería era la más moderna. Por suerte, además de Marta Fuchs, en Auschwitz también sobrevivieron otras costureras, y sus testimonios han sido claves para que se hayan podido reconstruir aspectos de la vida y las personas que vivieron en los campos de concentración, que habrían quedado olvidados de otro modo. Es el caso de la modista vienesa de nombre desconocido que trabajaba en exclusiva para Irma Grese, una de las guardias de las SS más sádicas, que fue ahorcada en 1948 por crímenes de guerra. Gracias a ella, Grese iba siempre impecable. Se sabe que esta guardiana usaba reclusos como «mascotas» para diferentes funciones y cuando se cansaba de ellos los hacía

asesinar. Todo hace pensar que la anónima modista de Viena pudo ser uno de ellos.

A medida que vamos conociendo más casos parecidos, el lema ideado por Rudolf Höss que coronaba la entrada del campo y que recibía a todos los recién llegados al infierno de Auschwitz, «El trabajo os hace libres», se nos hace más y más siniestro.

◆

El barbero de Rudolf Höss

◆

Cuando las personas deportadas llegaban a los campos de concentración, debían desnudarse y pasar una revisión médica. Era entonces cuando se decidía quién se convertiría en un prisionero o prisionera y quién iba a morir en las cámaras de gas. Para quienes tenían la relativa suerte de pasar la revisión, el siguiente paso era la desparasitación, que incluía una ducha con agua fría y desinfectante y el rapado del pelo, fueran hombres, mujeres o niños. Obviamente, no había barberos o peluqueros para los prisioneros de los campos. Pero

sí para los oficiales, y para esto también se empleaban prisioneros.

En Auschwitz había una barbería en la que trabajaban tanto peluqueros y barberos expertos como otros prisioneros con alguna formación en el oficio. Entre ellos había muy pocos judíos, con quienes los nazis eran poco amigos de tener contacto físico. Los barberos se ocupaban también de cortar el pelo de los oficiales, por ello no sufrían las mismas privaciones que otros prisioneros y sus condiciones de vida eran mejores, sobre todo en lo que a higiene se refiere, ya que tenían además acceso a agua limpia.

Un oficial polaco que había sido hecho prisionero de guerra se convirtió al poco de llegar a Auschwitz, con apenas veinte años, de uno de los trabajadores más jóvenes de la barbería de oficiales. Se llamaba Józef Paczyński y había sido detenido cuando intentaba escapar de la Polonia ocupada para unirse a los grupos armados de la Resistencia en Francia. En esa época, 1940, Auschwitz llevaba poco en funcionamiento y Jozef fue una de las personas que más tiempo vivió en

el campo, pues sobrevivió hasta 1944 y formó parte de uno de los últimos grupos en salir en la «marcha de la muerte». Consiguió llegar hasta otro campo que fue liberado por el ejército norteamericano en 1945.

El comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, tenía un barbero asignado que no era prisionero sino un criminal con un historial muy completo y que fue arrestado después de intentar robar un frasco de colonia. Así pues, Höss eligió a Jozef y le mandó a buscar para que le cortara el pelo y le afeitara en el cuarto de baño de su villa, conocida como El Paraíso. Jozef había visto a Arno, el anterior barbero de Höss, cortar el pelo a él y a otros oficiales, pues como aprendiz una de sus funciones era observar a los peluqueros más expertos. Así que, temblando y con el delantal con bolsillos llenos de utensilios, se dirigió hacia allí. Al parecer no lo hizo del todo mal, pues a la semana siguiente volvieron a llamarlo. Para Höss, Jozef fue siempre el «pequeño polaco» y jamás le dirigió la palabra en los casi cuatro años en los que fue su «cliente». Eso sí, incluso antes de sus viajes a Berlín, mandaba a buscar a Jozef

para que le pusiera a punto. Era, sin duda, su barbero de referencia.

Desde el piso de encima de la barbería en la que trabajaba Jozef se divisaban los bloques de las cámaras de gas, así que cuando se pusieron en marcha meses después de su llegada, empezó a ver las larguísimas colas de hombres, mujeres y niños que iban a morir, condenados por aquel a quien atendía de forma tan personal semana tras semana. Podía ver cómo entraban en el recinto pensando que iban a ducharse y cómo uno o dos soldados con máscaras antigás se encaramaban al techo del bloque y echaban el polvo tóxico por los orificios de difusión. Después también podía escuchar los gritos que se iban apagando lentamente a lo largo de quince minutos.

Durante los años siguientes a su liberación, y hasta su muerte en 2012, Jozef relataba que había pensado muchas veces en cortarle el cuello a su «cliente» con la navaja que usaba para afeitarse. Pero, como tantos otros supervivientes, tuvo la sangre fría de pensar que las consecuencias serían sin duda espeluznantes, no

solo para él, sino para tantos otros prisioneros. Se decía a sí mismo: «Si mato a este cerdo silencioso, ¡pondrán a otro todavía peor!». Jozef Paczynski sobrevivió a los horrores del campo, y su testimonio sirvió para condenar a unos cuarenta guardas por crímenes de guerra. Rudolf Höss fue ahorcado en Auschwitz en 1947, delante mismo de las cámaras de gas.

◆

Ante todo, no hacer daño

◆

A partir de 1941, en Auschwitz y en muchos otros campos de concentración, todos los recién deportados que no servían para trabajar eran asesinados, bien en cámaras de gas o bien ejecutados. Después, en 1943, se empezó a enviar a las cámaras de gas a todos los judíos que enfermaban. En los hospitales y enfermerías de los campos de concentración nazis había médicos afiliados al régimen (como Josef Mengele) que no se ocupaban de la salud de los prisioneros, sino de decidir la capacidad de trabajo de cada recién llegado para ha-

cer la selección de quiénes iban a morir y quiénes servirían como mano de obra. También se utilizaba a los prisioneros como conejillos de Indias, practicando todo tipo de experimentos en sus cuerpos, con la excusa de hacer avanzar la ciencia.

Los prisioneros que eran médicos, enfermeras y dentistas también eran útiles en los campos, y gracias a ellos se salvaron muchas vidas, aunque también se ocupaban de todo lo relacionado con la prevención de enfermedades y plagas para mantener en relativa forma a los prisioneros capaces de trabajar, así como de asistir a los que enfermaban, en los partos de las prisioneras que habían llegado embarazadas y en la interrupción de los embarazos hasta el quinto mes.

Los dentistas, entre otras cosas, debían asegurarse de que los *Sonderkommando* (los prisioneros que tenían que sacar los cuerpos de las cámaras de gas e incinerarlos en los hornos crematorios) extraían todos los dientes de oro de los cadáveres y debían comprobar que se guardaban en cajas de seguridad especiales.

Otra de las tareas que los prisioneros médicos esta-

ban obligados a asumir era la de extender certificados falsos de defunción. Siempre que un prisionero era sometido a un experimento y no sobrevivía, otro prisionero, un médico, incluía una causa de muerte falsa en el certificado de defunción.

Jan Olbrycht era un médico polaco muy reconocido como especialista en medicina forense. Con cincuenta y seis años fue detenido por la Gestapo en Cracovia y deportado a Auschwitz. Años después de ser liberado, aseguraba que si los Aliados no hubieran ganado la guerra, o si los nazis hubieran tenido tiempo de eliminar a todos los testigos y toda la documentación, nadie habría podido afirmar a ciencia cierta el alcance del sistema de exterminio, ni tampoco las infames condiciones de vida de los prisioneros o las causas de la muerte de millones de ellos, pues todo estaba organizado para encubrir a la perfección los distintos mecanismos del exterminio masivo de seres humanos. Jan Olbrycht insistía a los investigadores de la Segunda Guerra Mundial en la importancia de ser

muy cautelosos con la documentación que encontraban, pues había un porcentaje altísimo de falsedades.

Olbrycht era una eminencia en el campo de la medicina forense, pero como prisionero fue asignado a la farmacia, hasta que le llamaron para preparar una autopsia. Cuando llegó al quirófano habilitado para el procedimiento (pues no había sala de autopsias en Auschwitz), se dio cuenta de que no había ningún cadáver. Al preguntar al médico nazi que le había mandado llamar, éste le respondió: «el cadáver todavía anda de paseo por ahí». Más tarde llegaron los celadores con un hombre muy enfermo y Olbrycht pudo ver cómo le inyectaban ácido fénico en el corazón. El objetivo era comprobar si se producía atrofia en los tejidos de una persona después de morir, y le obligaron a extraer tejido de distintas partes del cuerpo, incluso de algunas en las que él sabía que la atrofia nunca tiene lugar.

Esta fue la primera vez que Jan Olbrycht se enfrentó directamente a la realidad médica de Auschwitz. Durante los años posteriores, tanto allí como en Mauthausen fue testigo de todo tipo de atrocidades que se llevaron a cabo con los prisioneros en

nombre de la ciencia, aunque él estaba convencido de la naturaleza pseudocientífica de los experimentos y, como médico obligado moralmente a hacer siempre el bien, no podía entender cómo aquellos hombres de ciencia que se consideraban miembros de una raza superior podían infligir tanto sufrimiento a otras personas.

No era algo poco habitual que los prisioneros médicos tuvieran que formar parte activa en los experimentos que se llevaban a cabo en las clínicas de los campos. Sobre todo, porque el personal médico nazi era mucho más escaso y los experimentos eran muchos. Los prisioneros debían acudir cuando era necesario un asistente para la investigación. Miklós Nyiszli era un médico húngaro de ascendencia judía que fue deportado a Auschwitz en junio de 1944 con su mujer y su hija. En esa época los asesinatos de los deportados judíos que llegaban al campo ya eran masivos, pero él se presentó como voluntario médico. Esto le salvó la vida, y al principio pudo ayudar a los enfermos de los barracones de manera muy rudimentaria. Muchas veces los médicos atendían a los enfermos desobedeciendo las órdenes de sus supervisores de las SS. Tam-

bién fue encargado de controlar la salud de los prisioneros de uno de los *Sonderkommandos*.

Por desgracia, estaba bajo la supervisión del infame Josef Mengele, que quedó impresionado con sus capacidades y le trasladó a una sección destinada a cirugía y autopsias que había mandado construir debajo de uno de los crematorios. La parte positiva de formar parte del equipo médico de Mengele es que Miklós pudo conseguir un pase para moverse por los barracones del inmenso complejo y pudo localizar a su mujer y su hija, que habían sido ubicadas en uno de los campos destinados al exterminio. Miklós se las arregló para sobornar a un oficial de las SS para que fueran trasladadas a un campo de trabajo.

Miklós fue otro de los médicos obligados a participar en múltiples experimentos, a cual más horripilante, y pudo relatarlo poco después del fin de la guerra. En los apenas ocho meses que pasó en Auschwitz fue testigo del asesinato de decenas de miles de personas, en ocasiones de campamentos enteros. Los testimonios de Miklós Nyiszli se caracterizan por su objetividad y por su realismo, pero también por su capacidad de cuestionar el interés científico de cada uno de los estudios en

los que fue obligado a participar. Después de ser trasladado a Mauthausen y a otro campo de concentración que fue liberado por los Aliados en 1945, pudo localizar a su mujer y su hija en Bergen-Belsen y en los años siguientes se apartó por completo de la cirugía.

Seguramente, los médicos que llegaban deportados a los campos nazis tenían más posibilidades de sobrevivir que cualquier otro prisionero, pero el precio que pagaron por ello fue sin duda altísimo y a ellos les correspondió además arrojar luz sobre un aspecto del Holocausto que de otro modo habría sido casi imposible conocer.

No era extraño que una persona con conocimientos más bien rudimentarios de una profesión se hiciera pasar por alguien más experto, pues los prisioneros, o bien no llevaban documentos acreditativos, o bien podían haberlos perdido en el transporte. Y no era difícil imaginar que los médicos y las enfermeras vivían en mejores condiciones que cualquier otro prisionero. La diferencia entre trabajar en el interior y el exterior podía fácilmente significar la vida.

Entre las enfermeras que trabajaron en los campos de concentración hubo muchos casos de participación en experimentos, así como de crueldad y maltrato hacia los prisioneros. En gran parte, las enfermeras contratadas por el estado eran quienes adoptaban más fácilmente una complicidad con los objetivos del Reich respecto a la limpieza étnica y la superioridad de la raza aria. Pero entre las no prisioneras hubo algunas, como la enfermera austríaca Maria Stromberg, que demostraron tener verdadero coraje y valentía a la hora de salvar vidas humanas. Después de tratar a dos pacientes liberados de Auschwitz y escuchar sus testimonios, Maria se presentó como voluntaria de la Cruz Roja en el campo, pues no podía dar crédito. A los cuarenta y cuatro años entró a formar parte del cuerpo médico de Auschwitz Birkenau y pronto pudo constatar que los horrores que había escuchado no eran más que una pequeñísima parte de la verdad. Durante los dos años en que ayudó a los prisioneros a robar alimentos destinados a los oficiales para que pudieran alimentar a los más débiles, escondió medicamentos en ropa de cama que ella hacía pasar por infectada, para asegurarse de que ningún oficial se acercara, y pasó información, car-

tas e incluso armas a los prisioneros de la resistencia. Su médico supervisor se dio cuenta y se las arregló para echarla acusándola de adicción a la morfina, pero los prisioneros que trabajaban con ella sospecharon que lo hizo para sacarla de Auschwitz antes de que los oficiales descubrieran sus actividades.

Como en el caso de los prisioneros médicos, las enfermeras también se vieron obligadas a participar en los experimentos que se llevaban a cabo en las clínicas de los diversos campos y nunca sabremos hasta qué punto estas circunstancias pudieron acabar con la empatía y la capacidad de compasión de algunas. Sí se sabe de casos en los que ocultaron informes o información que podrían haber conducido a sentencia de muerte de un prisionero.

La orquesta de mujeres de Auschwitz

Cada mañana, los prisioneros que trabajaban como mano de obra en campo abierto eran obligados a can-

tar durante la marcha. Por las noches, al volver al campo, agotados y transportando los cadáveres de los que no habían llegado al final de la jornada, también. Durante los años de la guerra se formaron numerosos coros y orquestas en los campos de concentración. Muchos de los prisioneros eran músicos profesionales o instrumentistas aficionados y los oficiales aprovecharon este talento para imponer sus gustos musicales y regalarse de paso los oídos. Cantantes y músicos organizaban conciertos en los que interpretaban desde arias de Wagner a música popular y folclórica alemana, opereta, bandas sonoras de películas e incluso canciones nazis. Pero también podían tocar Bach o Beethoven e incluso, en alguna ocasión, lograron componer e interpretar sus propias partituras. Todo dependía del oficial de cada campo y de su educación musical.

Los cantos de los prisioneros fueron sustituidos en los años siguientes por la música de una banda a la salida y a la llegada de los campos de trabajo. A veces las bandas también eran obligadas a tocar durante las

ejecuciones o a la llegada de nuevos deportados, como forma de evitar un pánico generalizado. Para muchos músicos, esto supuso un trauma que nunca llegaron a superar.

Por otro lado, los prisioneros músicos también podían ser obligados a tocar en funciones privadas organizadas por los oficiales. En todo caso, ser músico en el campo de concentración también podía ser un salvoconducto para la supervivencia. Los músicos eran mejor tratados, tenían raciones de comida mayores y ropa más cálida. Como es de esperar en circunstancias tan extremas, y en este contexto de mayor proximidad con los oficiales nazis, se produjeron también casos de acusaciones entre los músicos, que en ocasiones alegaban la complicidad de un compañero con los oficiales.

Se tocaba de forma obligada, pero también se permitían las orquestas y los coros de índole voluntaria. Mientras no entorpecieran las operaciones del campo, las actividades musicales en horas libres no se reprimían de forma sistemática. Luego estaban las «canciones de campo», con letras subversivas, que se tocaban en secreto.

En el campo principal de Auschwitz había activida-

des musicales a cargo de varios coros y orquestas, pero esto ocurría en un ambiente inhumano, marcado por el hambre constante, el abuso psicológico y físico, las enfermedades, el terror y el miedo a la muerte. A diferencia de la ejecución musical obligatoria, las actividades musicales llevadas a cabo por iniciativa de los reclusos eran momentos muy señalados de la vida del campo. Sin embargo, cuanto más grandes eran las diferencias sociales entre los grupos de prisioneros, mayor papel jugaba la música en la separación de los prisioneros con privilegios (es decir, los funcionarios prisioneros, los «prominentes» y sus ayudantes más cercanos) de aquellos menos privilegiados, que eran la mayoría, y que luchaban por su vida un día tras otro. De una manera muy perversa, una de las experiencias más hermosas para el ser humano también se convertía en un arma de sometimiento y humillación.

Alma Rosé era una violinista austríaca de gran talento, sobrina de Gustav Mahler. Cuando Alemania anexionó Austria al Tercer Reich, Alma y su padre consiguieron huir a Inglaterra, pero después ella via-

jó a Holanda para seguir con su carrera musical y no tuvo tiempo de escapar a la invasión alemana. A pesar de que tenía un certificado de matrimonio (falso) con un holandés no judío y también documentos que demostraban que se había convertido al cristianismo, Alma fue capturada por la Gestapo cuando intentaba llegar a Suiza y terminó siendo deportada a Auschwitz.

Allí enseguida empezó a dirigir la Orquesta de Mujeres, que había sido creada por una oficial de las SS, Maria Mandl, para acompañar las ejecuciones, las selecciones de prisioneros y los transportes. La orquesta también tocaba en recitales privados para los oficiales, y Alma quiso mejorar el nivel general de las intérpretes. Como muchas no eran profesionales, ensayaban durante casi todo el día. Alma era muy exigente, pero también animaba a la orquesta a tocar música prohibida y escribía letras subversivas para levantar la moral de las prisioneras. Casi todas las intérpretes de la Orquesta de Mujeres sobrevivieron, pero Alma murió a los treinta y siete años en Auschwitz, después de enfermar al comer algún alimento en mal estado. Durante su enfermedad, no

pudo librarse de ser objeto de un experimento del infame Mengele. Alma no sobrevivió a Auschwitz, pero con su talento consiguió que muchas mujeres sí lo lograran.

Una de sus compañeras de orquesta fue la violonchelista Anita Lasker, que todavía vive y fue una de las intérpretes más jóvenes del grupo. Arrestada por falsificar documentación que permitiera a prisioneros franceses regresar a Francia, fue enviada a Auschwitz junto a su hermana Renate cuando tenía dieciocho años. Sus padres ya habían sido deportados y nunca se les volvió a ver.

Cuando llegó a Auschwitz, en un tren distinto al de Renate, una prisionera funcionaria le preguntó a qué se dedicaba y cuando ella dijo que era violonchelista, la chica se puso muy contenta, le dijo que estaba salvada y llamó a Alma Rosé, que todavía no tenía un chelo en su orquesta. Gracias a su formación como músico y a las raciones extra de comida, Anita se salvó y consiguió también evitar la muerte de su hermana.

La operación Bernhard

En pocas palabras, la operación Bernhard fue una sofisticada maniobra concebida por los más altos mandos del gobierno alemán para acabar con la economía británica durante la Segunda Guerra Mundial. El plan estaba compuesto por una serie de estrategias, entre las cuales figuraba la financiación de espías y redes de colaboracionistas, la compra de material en países neutrales para impedir que llegase a los Aliados, especialmente al Reino Unido y, por último, pero no menos importante, la falsificación de billetes de libras esterlinas para lanzarlas sobre Gran Bretaña desde aviones del ejército. Dada la dificultad y el alto coste de la operación, se decidió además emplear el dinero falso para financiar operaciones de espionaje. Resultó extremadamente difícil, al parecer, conseguir en el país suficientes grafistas y tipógrafos con la excelencia necesaria para conseguir billetes de la calidad requerida para la operación. El plan se detuvo hasta que, meses más tarde, un oficial de las SS llamado Bernhard Kruger,

que había implementado varias fases de la operación, fue encargado por Himmler, el supervisor máximo, para emplear prisioneros de los campos de concentración. Suponemos que alguien debía de estar al tanto de que había algunos grandes impresores y maestros de tipografía prisioneros en los campos.

A partir de 1943 y hasta el final de la guerra, un grupo de tipógrafos que habían sido seleccionados de distintos campos de concentración fueron enviados a Sachsenhausen, un campo situado en la región de Berlín y considerado uno de los más siniestros.

Entre ellos se encontraba un joven tipógrafo eslovaco llamado Adolf Burger, que acabó siendo el encargado principal del grupo. Adolf había empezado como aprendiz de un taller de tipografía a los catorce años y más tarde trabajó en una imprenta, por lo que no emigró a Palestina con sus hermanos cuando se implementaron las leyes nazis contra los judíos de Eslovaquia. Gracias a sus altas capacidades profesionales, se le consideró indispensable para la economía del país y se libró de ser deportado. Aprovechando su estatus, Adolf empezó a trabajar con la resistencia falsificando certificados de bautizo para judíos que iban a ser deportados,

pero en 1942 fue arrestado y enviado a Auschwitz con su joven esposa Gizela, que fue asesinada poco después. Un año más tarde, la Operación Bernhard se había puesto en marcha de nuevo y Adolf fue seleccionado para formar parte de dicha operación y fue enviado a Sachsenhausen. Allí, Bernhard Krüger había habilitado dos unidades aisladas del resto del campo y dirigía los procesos de selección de operarios en distintos campos. Eligió a los mejores dibujantes, tipógrafos, grabadores, impresores y empleados bancarios, llegando a formar un equipo de más de cien personas.

Muchos de ellos relataron posteriormente que Krüger les había entrevistado de forma individual y les había tratado con cortesía. Al parecer, Krüger advirtió la necesidad de que sus operarios estuvieran lo más descansados posible para llevar a cabo un trabajo de tanta precisión, y aportó cigarrillos, raciones extra de comida y una mesa de ping-pong, entre otras amenidades. Además, se encargó de organizar conciertos y sesiones de teatro *amateur* a los que asistían los mismos falsificadores y los guardas de los dos bloques.

Se emplearon técnicas muy precisas y sofisticadas para la creación de los billetes, que se imprimían en papel de algodón de alta calidad. Una vez secos, los billetes se hacían circular en filas de unos cincuenta prisioneros para ensuciarlos, desgastarlos y envejecerlos. Algunos prisioneros los doblaban o escribían algún número en ellos, tal y como se hacía en los bancos para contarlos. Se produjeron varias calidades diferentes de billetes, que se emplearían para distintas funciones. La más alta serviría para pagar las adquisiciones en países neutrales y las siguientes para pagar a los espías y colaboradores y los billetes que iban a ser lanzados sobre Gran Bretaña. Se tardó un año en producir las primeras unidades de billetes, pero las autoridades nazis quedaron tan satisfechas con los resultados de la operación que llegaron a otorgar una medalla al mérito a doce de los trabajadores, entre los que había algunos judíos. También decidieron que se empezarían a falsificar dólares americanos, que eran mucho más complicados de hacer por el tipo de papel y la técnica de impresión.

Fue entonces cuando los prisioneros se dieron cuenta de que si conseguían imitar a la perfección los

dólares falsos y llevar a cabo toda la producción, sus vidas ya no tendrían ningún valor, por lo que empezaron a ralentizar el proceso tanto como pudieron, a la vez que imprimían cientos de millones de libras esterlinas falsas. Algunos investigadores creen que Krüger estaba al tanto de esto y decidió seguirles el juego, pues si se terminaba la operación debería volver al frente activo y las cosas, para entonces, ya pintaban bastante mal para los alemanes. A principios de 1945, se imprimieron los primeros dólares todavía con algunos defectos, pero los cerebros de la operación decidieron distribuirlos para empezar el proceso de lavado. Las libras falsas ya se habían empleado anteriormente para, entre otras cosas, financiar una red de información con el fin de liberar a Mussolini.

Las tropas rusas llegaron a Polonia en enero de 1945 y en marzo se decidió trasladar la operativa a Mauthausen y otro campo en Austria. Pero pronto se canceló todo definitivamente y Himmler dio la orden de matar a los prisioneros una vez que estuvieran todos reunidos en el campo de Ebensee. Como el traslado de los prisioneros se hizo en tres fases, los primeros presos acabaron mezclándose con los demás casi a la

vez que los oficiales de las SS huían. El mismo día llegaron los últimos falsificadores y al día siguiente llegó el ejército americano.

Decenas de millones de libras esterlinas en billetes falsos impresos por la Operación Bernhard circularon por toda Europa durante los años posteriores a la guerra y algunos han ido apareciendo a lo largo de los años en casas de subastas de todo el mundo. En el año 2000, se empleó un submarino para rescatar cajas acorazadas que contenían muchos de los billetes falsos del fondo del lago Toplitz, en Austria, donde los habían lanzado los nazis al huir. Más de cincuenta años después, todavía se podía observar la gran calidad de los billetes.

Algunos de los prisioneros de la Operación Bernhard, que llegaron a ser trescientos según algunos historiadores, testificaron a favor de Bernhard Krüger, que se salvó de ser ejecutado, afirmando que sus acciones habían salvado muchas vidas. Krüger más tarde trabajó para la misma fábrica que había proporcionado el papel para los billetes falsos.

Otra de las curiosas repercusiones de la Operación Bernhard fue que, después de la guerra, la Brigada Judía del Ejército Británico (desafiando las órdenes del gobierno) se hizo con una provisión de libras falsas a través de uno de los blanqueadores de dicha operación. Estos billetes se empearon para transportar a un grupo grande de desplazados judíos a Palestina. Adolf Bruger escribió unas memorias que se adaptaron al cine en una película premiada con un Oscar, pero hubo otros prisioneros que también dejaron su testimonio para las generaciones futuras, como el tipógrafo noruego Moritz Nachstern. Moritz relata no solo su vida en los campos de Auschwitz, Sachsenhausen y Mauthausen y sus actividades en el grupo de falsificadores, sino también el miedo que pasaron él y sus compañeros cuando decidieron ralentizar el proceso de fabricación y cuando, después de tres años de intenso e impecable trabajo, supo que estaban a punto de ser asesinados justo antes de la llegada de las tropas aliadas.

La Operación Bernhard es uno de los relatos verídicos más apasionantes de la guerra por su planificación, por el hecho de que en ella intervinieran tanto

espías como altos mandos militares, prisioneros de los campos de concentración y criminales, por la perfección de los billetes y por las distintas fases que la conformaron. Pero también pone de manifiesto que incluso los profesionales más valiosos para el régimen tenían los días contados y que, para quienes sobrevivieron, sus capacidades les pusieron a salvo el tiempo necesario hasta que fueron rescatados. En el caso de los prisioneros de la Operación Bernhard, apenas veinticuatro horas, quizá solo una pieza de un motor que se averió, fue lo que les salvó del mismo destino que sufrieron tantos otros millones de seres humanos.

La obsesión nazi por el arte clásico

Otro de los talentos que se valoraban en los campos era el artístico. Existen ejemplos de algunos artistas que gozaban de cierta inmunidad, como es el caso de Charlotte Buresova. Nacida en el seno de una familia modesta de Praga, sus padres intentaron apoyar un ta-

lento artístico que se manifestó desde que era muy pequeña, tanto en el arte como en la música y las lenguas. Charlotte se casó muy joven con un abogado no judío y su carrera artística empezó a florecer. Cuando la Alemania nazi ocupó la República Checa, Charlotte se divorció de su marido con la esperanza de que, si su hijo se quedaba con su padre, no sería perseguido por sus orígenes judíos.

En julio de 1942 Charlotte fue internada en Theresienstadt, un campo que las fuerzas de ocupación construyeron al norte de Praga. Allí fue enviada a trabajar en el taller que los dirigentes del campo habían creado para explotar el talento de los artistas prisioneros. En él se producían desde arte hasta juguetes, lámparas, muñecas y distintos objetos de artesanía, que luego el personal nazi vendía fuera del campo embolsándose las ganancias. Algunos de estos artículos sobrevivieron a la guerra y hoy en día se conservan en el Museo Conmemorativo de Terezín. Son objetos bonitos y alegres, lo que hace aún más aterrador pensar en el destino de sus creadores.

Charlotte recibió el encargo de copiar grandes

obras de la pintura clásica y un oficial alemán, muy impresionado por su talento artístico, le encargó un cuadro de la Virgen María y le aconsejó que no lo terminara, pues Theresienstadt era una estación de paso hacia otros campos como Auschwitz o Bergen-Belsen. Mientras Charlotte siguiera trabajando, no sería deportada.

Además de los encargos que la ayudaron a sobrevivir, Charlotte hizo esfuerzos heroicos para continuar su trabajo como artista de forma independiente y realizó numerosos dibujos de la vida cotidiana en el campo, así como retratos de niños y compañeros de cautiverio, buscando reflejar la gracia y belleza que transmitían, en contraste con el horror, el hambre y el dolor que todos estaban sufriendo. Charlotte se negó a someterse a la desesperación. En su óleo *Deportación* plasmó a un grupo de prisioneros camino de un destino terrible. Sin embargo, sus rostros irradian una nobleza y una fuerza que consiguen conmovir. Charlotte sobrevivió a Theresienstadt y regresó a Praga en 1945. Con toda la población judía de la ciudad asesinada por los nazis, entró en un mundo poblado por fantasmas y recuerdos dolorosos, pero consiguió reanudar su ca-

rrera. Ocultos durante la guerra, sus retratos y dibujos personales salieron a la luz como testimonio de sufrimiento y resistencia.

Otra artista que sobrevivió gracias a su talento fue la pintora polaca Halina Olomucki, nacida en una familia judía pero no religiosa. Al igual que Charlotte, Halina también empezó a expresar sus capacidades desde muy joven. Cuando tenía dieciocho años, estalló la Segunda Guerra Mundial y, como todos los judíos de Varsovia, fue enviada al gueto judío de la ciudad. Allí siguió pintando y en una de las ocasiones en las que salió para vender algunos encargos decidió entregar sus dibujos personales a un hombre que los puso a salvo.

Halina fue deportada al campo de concentración de Majdanek y separada de su madre, que murió. Más adelante consiguió escaparse de la fila de mujeres que iban a ser ejecutadas gracias a una confusión momentánea que desvió la atención de los guardias. Se unió a otro grupo de mujeres que llevaban baldes de agua y comida y logró aparentar que formaba parte de él. El

oficial encargado del bloque en el que vivía Halina preguntó si alguien sabía pintar e inmediatamente le encargaron que pintara eslóganes en los muros, a cambio de algunas raciones extra de comida. El siguiente encargo fue decorar las paredes del bloque y realizó pinturas sofisticadas y llenas de color que le valieron el elogio de los dirigentes del campo. Gracias a la comida extra que recibió por sus trabajos, recuperó fuerzas y logró esconder algunos de los materiales para los encargos que recibía. Comenzó a pintar en secreto sus propias obras, en las que retrató a las mujeres, prisioneras al igual que ella, ocultando los dibujos donde podía.

Más adelante Halina fue deportada a Auschwitz-Birkenau, donde tuvo la inmensa suerte de recibir nuevos encargos por parte de los oficiales, a cambio de raciones de pan y queso que le permitieron sobrevivir. A menudo otros prisioneros le pedían que los retratara a ellos o a sus familiares con la idea de que esa podría ser la última oportunidad de ser recordados. Estaban seguros de que Halina, siendo artista, sobreviviría. Los rostros de los prisioneros quedaron tan profundamente grabados en su recuerdo que

pudo seguir dibujándolos aún años después. Tras sobrevivir a una «marcha de la muerte», que comenzó en enero de 1945, Halina fue transferida al campo de Neustadt, que fue liberado poco después por los Aliados.

La madre y el hermano de Halina perecieron en el Holocausto. Inmediatamente después de la guerra, dibujó los recuerdos de ese período, consciente de que, más allá del mérito artístico, las obras tenían un importante valor testimonial. En la actualidad están repartidas en museos de todo el mundo.

Pero el talento artístico no siempre fue sinónimo de supervivencia. Malva Schaleck, una artista checa muy reconocida y bien situada entre la élite artística y política de Viena, fue deportada a Theresienstadt, y cuando se negó a retratar a un colaborador nazi fue incluida en la lista de deportaciones a Auschwitz, donde murió muy poco antes de la liberación. Muchos de los dibujos que realizó durante los años de cautiverio han sobrevivido y son parte de los documentos del Holocausto.

Primo Levi

Primo Levi nació en el seno de una familia judía de Turín, en un entorno acomodado e intelectual. Fue un niño muy precoz, con una salud delicada. Se matriculó en la facultad de Química de la Universidad de Turín, y aunque en 1938 se implementaron las leyes raciales en Italia, no afectaban a la permanencia de los estudiantes que ya estaban cursando una carrera. Terminó sus estudios de forma brillante pero tuvo que trabajar de manera clandestina, pues como judío no podía encontrar trabajo. Cuando en 1943 los Aliados entraron en Italia por Sicilia, los alemanes ocuparon el norte del país y liberaron a Mussolini. Primo Levi y su familia se refugiaron en el valle de Aosta y Primo, que había empezado a colaborar con la resistencia, fue capturado por la milicia fascista a finales de 1943 y trasladado a un campo gestionado por ellos. Cuando a principios de 1944 este campo fue tomado por los alemanes, los prisioneros judíos fueron deportados a Auschwitz. Para sobrevivir en el campo, Levi se dio

cuenta de que tenía que conocer su entorno. Tomó clases de alemán a cambio de raciones de comida pues, durante sus estudios de química, había intentado leer libros de texto en alemán y estaba familiarizado con el idioma.

Auschwitz estaba asociado con un laboratorio de química cuya misión era desarrollar caucho sintético con el que el Tercer Reich pudiera hacer bandas de rodadura de caucho para sus tanques en el caso de que sus plantaciones sudamericanas fueran bloqueadas. Gracias a su formación como químico, consiguió trabajar en el laboratorio de la fábrica, lo que le permitió evitar algunas de las realidades más duras del campo. Se las arregló para robar jabón y gasolina de los laboratorios e intercambiarlos por comida. Durante este tiempo Primo Levi comenzó a documentar por escrito la realidad de Auschwitz, con la esperanza de dar testimonio de ella algún día.

En enero de 1945, cuando los sonidos de los bombardeos del ejército ruso ya se escuchaban alto y claro, Levi enfermó de escarlatina y fue ingresado en el hos-

pital del campo. Una semana después, los alemanes abandonaron Auschwitz y obligaron a decenas de miles de prisioneros a partir en una «marcha de la muerte». Al salir de forma tan apresurada, tuvieron que dejar atrás a los prisioneros hospitalizados. La mayoría de los que tuvieron que marchar murieron. A Levi le salvó la escarlatina y sobrevivió, pero los horrores que vivió lo transformaron para siempre. «Ni siquiera estoy lo suficientemente vivo para saber cómo suicidarme», dijo entonces. Destrozado física y moralmente (fue internado en un campo soviético para antiguos prisioneros y el regreso en tren duró meses), llegó a Italia en octubre.

A partir de 1946 empezó a escribir poemas y relatos sobre su cautiverio y su obra *Si esto es un hombre* se publicó al año siguiente, y desde entonces no dejó de escribir, produciendo un corpus considerado hoy como uno de los más importantes del siglo xx. Toda la obra literaria de Primo Levi gira en torno a su experiencia y contiene detalles sobre cómo sobrevivieron (o no) los prisioneros en Auschwitz y análisis fascinantes de las personalidades de sus compañeros y también de los guardias. Levi se volcó intensamente

en el activismo de la memoria y divulgación de los horrores de los campos y compaginó su trabajo como químico con su labor literaria hasta finales de los años setenta. Luchó durante años contra la depresión, y nunca se ha podido esclarecer si su muerte, al precipitarse por el hueco de la escalera de su edificio, fue un accidente o decisión propia. En cualquier caso, como dijo él, su profesión le salvó de la muerte y le permitió aportar a la humanidad uno de los testimonios más sinceros y estremecedores de esos años.

Primo Levi recordaba a menudo las palabras de un guarda de Auschwitz que le dijo: «Incluso en el caso de que alguno de vosotros sobreviva, el mundo entero no le creerá. Podrá haber dudas, sospechas, discusiones, investigación histórica, pero no habrá certezas, porque vamos a destruir todas las pruebas, junto con vosotros».

